

PREMIO JUAN VALERA 1950

Las Trompetas de la Fama tocan llamada
en Nápoles

FALLO DEL PREMIO

JUAN VALERA 1950

El ilustre Académico de la Historia y de la Española, D. Melchor Fernández Almagro, ha discernido el Premio Juan Valera, del Ilustrísimo Ayuntamiento de Cabra, así:

Premio de mil quinientas pesetas, a la crónica firmada con el lema «*Inclitas razas ubérrimas*», del que ha resultado autor **D. Domingo Manfredi Cano**, de Huelva, y mención honorífica a los trabajos señalados con los lemas «*Elegante Valera*» y «*Universitas granatensis*». Del primero no damos a conocer a su autor por expresa voluntad del mismo. El segundo resulta original de D. José Moreno Casado, de Granada.

La Agrupación «Amigos de Don Juan Valera», felicita efusivamente a los autores mencionados y expresa toda su gratitud al ilustre crítico D. Melchor Fernández Almagro, por el acierto en su delicada y generosa labor.

El tema propuesto fué la mejor crónica, inédita o publicada sobre un aspecto de la vida o la obra literaria de Don Juan Valera.



Don Domingo Manfredi Cano, Premio Juan Valera 1950, de la Agrupación «Amigos de Valera», de Cabra.

Esta es la crónica que yo hubiese enviado a mi periódico si, siendo como soy y la Prensa como es, hubiera estado de Corresponsal en Nápoles, a finales del año de gracia de 1847.

Las Trompetas de la Fama, tocan llamada en Nápoles

Idilio de Don Juan Valera y Lucía Paladi

Romanticismo de un diplomático español

(Crónica de nuestro Corresponsal en Nápoles)

Acaso no sepan los lectores que desde el mes de marzo tiene el Duque de Rivas embajador de España en Nápoles, un secretario más a su servicio; apenas tendrá el recién estrenado diplomático sus buenos veinticuatro años, y ha traído fama, que aquí va confirmando, de ser muy inteligente, muy enamorado, muy culto, tan amigo de lo elegante como enemigo de lo plebeyo, y promesa segura de hombre capaz para cosas famosas; el Duque de Rivas lo ha traído a su lado, convencido de que bajo la cesárea melena del secretario hay algo extraordinario, que algún día ha de salir a la luz, para mayor gloria de todos los que ahora se «honran, sin quererlo ni saberlo, con la amistad del español, cordobés, de quien hablamos; se llama nuestro hombre don Juan Valera y Alcalá Galiano, persona afable, de mirada inquisitiva, interesante porque deja adivinar muchas y confusas in-

quietudes interiores, y a leguas se hace querer, respetar y admirar; lo de querer lo digo especialmente por las damas más hermosas de nuestra Corte, que han creído ver en este diplomático recién llegado una encarnación del don Juan famoso, burlador sevillano, a quien se parece en muchas cosas este burlador cordobés.

Se cuentan cosas sabrosas de su vida y de su familia, pero apenas se sabe de cierto que es abogado, que es poeta, que es de un pueblo llamado Cabra de Córdoba, y que este es su primer puesto diplomático, y por ende su primera salida de España, donde ya ha brillado y dejado señal y noticias de su paso por los salones más elegantes de la nobleza madrileña.

Ahora, y ello motiva esta crónica, don Juan Valera es objeto de las conversaciones más atrevidas; todo es a cuento de sus relaciones con doña Lucía Paladi, belleza un tanto pasada, pero clásica y vibrante todavía, que llaman aquí «la dama griega»; esta hermosa matrona del linaje rumano de los Cantacuzeno, es la esposa del noble español marqués de Bedmar, quien anda más por el mundo que por su casa, y a quien conocen mejor en Madrid que en Nápoles; el marqués corre caminos distintos que la marquesa y esta vive sola en París, en Italia, o en sus tierras de Moldavia. Nunca acabaría esta crónica, si quisiera contar a mis lectores y lectoras, a estas más al oído que a aquellos, las historias que por aquí se dicen sobre el marqués y sus andanzas por Madrid, y especialmente de la persona que ahora absorbe su amor y le tiene en candelero, en premio a las prendas físicas del prócer, que según murmuran las damas, es un hermoso ejemplar de varón español. Se dice que don Juan Valera se ha enamorado violentamente de la dama griega, a quien por la palidez de su rostro y la expresión dolorosa de su cara, además de por haberla idealizado hasta exageración su joven amador, han dado en llamar «la Muerta»; algunos aseguran que el nombre ha salido del caletre del Duque de Rivas, pero ¡vaya usted a saber!

Lo cierto y verdad es que el señor don Juan Valera está perdidamente enamorado de la marquesa de Bedmar; él mismo ha confesado, en una conversación privada, que de la marquesa le ha enamorado la conversación amable, la elegancia espiritual, el saber peregrino y la experta y doliente ternura; aunque parece que entre la marquesa y don Juan Valera no ha llegado la pasión al límite de lo platónico, a muchos ha dado que sonreír y que murmurar lo de la experta y doliente ternura de tan ilustre dama. Sin embargo, la marquesa ya no es hermosa, no es joven, no es alegre; quizás, así ocurre

a veces!, sean su desgracia y su tristeza, las cualidades marquesales que han enamorado al diplomático andaluz, quien lleno de vida y de gozo, siente la necesidad de repartir con algún necesitado, ¡mejor, necesitada!, el sobrante de energía y humor que le rebosaba por todos los poros de su cuerpo y de su alma; poeta, como no podía ser de otro modo, el joven Valera lleva escritos cientos de versos a su adorada, y algunos le han salido tan bien, que algún día estarán en las antologías, y servirán para conocer esta época del diplomático mejor que sus cartas, sus memorias o los documentos de la Embajada.

Don Juan Valera ha protestado de la disciplina, un poco escolar, a que quiere someterle la marquesa, y parece que no se resiste a que su amor sea para siempre platónico, a lo divino, como dicen aquí, y ha confesado en una reunión literaria que el platonismo en el amor, estando cabales el hombre y la mujer, se le antoja una sofistería.

En los centros bien informados, se murmura lo siguiente, con visos de ser verdad: la marquesa ha convencido a su joven adorador, de que una pasión con fines carnales entre ella, más que madura, y él, en plena sazón, resultaría un tanto ridícula; el diplomático no ha querido avenirse al papel de hijo predilecto, o hermano menor, a que quería llevarle la marquesa, pero al fin ha caído en la cuenta de que es preferible tenerla cerca, aun amándola platónicamente, a provocar una ruptura amarga y dolorosa, que el poeta cree que no podría soportar. Algo será verdad en este comentario de los centros napolitanos distinguidos, cuando los amigos íntimos de don Juan Valera dicen que este está atravesando una dura crisis nerviosa: llora a veces, como un colegial, escribe tristísimos poemas en versos endecasílabos, y hasta parece que ha enviado a la marquesa una carta en la que habla de celos. En una palabra: los amores platónicos, o sin platónicos, de don Juan Valera con la marquesa de Bedmar, o Lucía Paladi, son la comidilla de todo Nápoles, y por ello el cronista la recoge como pulso real de la actualidad en la vida napolitana.

En los últimos días, don Juan Valera es ya el amigo oficial, en el mejor sentido de la palabra, de la marquesa, a quien todos llaman «la Muerta», y es público y notorio que ésta ha puesto toda su sabiduría, que no es poca, su cultura, sus amistades, su dinero, y sus libros, al servicio de Valera, quien cada día se siente más pequeño junto a ella, como si de pronto esta mujer se hubiera convertido en una madre buena, en una hermana mayor, en una tía solterona o en una madrina de paz, cariñosa, bondadosa y amable; por ella, según

se dice, don Juan Valera estudia y perfecciona sus conocimientos del griego, lee a los clásicos, los traduce, los comenta, y todo para que ella vea que aprovecha el tiempo; el tiempo precioso que él hubiese querido dedicar a amarla en cuerpo y alma, pero que solo puede dedicar a soñarla. Este es uno de los grandes amores de este tiempo, y no me extrañaría que el diplomático español dijera el día de mañana, de corazón, que esta mujer es la persona que más ha querido en el mundo.

Don Juan Valera no se recata de decir, cuando alguien se lo pregunta, que nunca creyó que el amor por una mujer fuese capaz de hacerle estudiar horas y horas para acabar una lección o una traducción, como cuando tenía doce años, y que quisiera tener ahora la inteligencia privilegiada de un Homero, por ejemplo, por el gusto de aprender de golpe todas las ciencias y ponerlas a los pies de mujer tan excepcional. No sabemos lo que tendrá reservado la vida a este don Juan Valera mozo, enamorado y estudiante de griego con maestra tan singular como Lucía Paladi, pero de cualquier manera que llegue este joven a la suerte y a la fama, siempre recordará a la que él mismo llama «la Muerta», como uno, quizás el más grande, de sus amores. También pudiera ser, y casos parecidos nos enseña la Historia, que sea ella la inmortalizada solo por haber acariciado las melenas rebeldes de don Juan Valera, que la habrá inmortalizado en un soneto, romance, décima, novela u obra de metafísica, que de todas estas cosas es capaz un hombre del talento del diplomático español, cuando está enamorado de una mujer extraordinaria.

Aparte de estas noticias, poco da de sí hoy Nápoles para el cronista, cansado de la política y de la diplomacia; el magnífico señor Duque de Rivas, embajador de Su Majestad el Rey de España, exquisito poeta español, tan bueno en poesía como en otras prendas difíciles y escasas hoy en día entre políticos y diplomáticos, sigue reuniendo en sus salones a lo más florido de la Corte napolitana. Con uno y otro, con el embajador y el secretario, con el poeta y el enamorado, la Corona de España está bien representada en Nápoles, porque así sueñan las napolitanas que son los españoles de todos los tiempos: un mucho poetas y un mucho tenorios, capaces de subir las escalas de cuerda que conducen a las alcobas de las napolitanas hermosas, recitando por el camino las estrofas apasionadas de un largo poema, escrito expresamente para cantar el amor de aquella noche.

Y don Juan Valera no ha dejado por mentirosa a la tradición,

porque, amigos lectores y dilectas lectoras, ¡bien que es elegante y enamorado y poeta y valiente y grandel Tan grande, que cuando España tenga que mandar su más grande embajador, al más grande monarca, no tendrá más remedio que darle como secretario a este genial don Juan Valera, único que podrá parangonarse con el grande entre los grandes.

Y nada más.